LUIS LÓPEZ DE MESA

EL FACTOR ÉTNICO

Exposición presentada al Comité de expertos que estudia las causas y remedios de la carestía de la vida en Colombia, y publicada aparte para su distribución reservada al clero y a las autoridades nacionales competentes, a quienes pueda ser útil en sus generosas campañas por el mejoramiento de nuestra población, sin ofender al patriotismo con una divulgación inconsulta.



BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1927

EL FACTOR ÉTNICO

LUIS LÓPEZ DE MESA

EL FACTOR ÉTNICO

Exposición presentada al Comité de expertos que estudia las causas y remedios de la carestía de la vida en Colombia, y publicada aparte para su distribución reservada al clero y a las autoridades nacionales competentes, a quienes pueda ser útil en sus generosas campañas por el mejoramiento de nuestra población, sin ofender al patriotismo con una divulgación inconsulta.



BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1927

EL FACTOR ÉTNICO

Siquiera parezca un poco alejado de nuestra misión el estudio de algunas características de nuestro pueblo, nos preocupa sin embargo su importancia y el encadenamiento que tienen con la economía nacional. La estructura anatómica, la buena salud física del ciudadano, su capacidad mental y su carácter son factores decisivos no sólo en el engrandecimiento moral de la patria sino en el desenvolvimiento de la riqueza pública. Un pueblo de flaca complexión, de instrucción deficiente o de viciada educación moral, no puede hoy día sostener una nacionalidad libre en competencia irrenunciable con los que rigen la civilización y cultura universales, ni puede, mucho menos, aprovechar para su bienestar material y ennoblecimiento de su propia vida las riquezas del suelo en que habita.

Formado al azar de circunstancias históricas por tres razas de muy desemejante índole, el pueblo colombiano tiene que atender a normalizar la fusión de ellas cuidando de que predominen las mejores cualidades de cada una, hasta donde ello sea posible, y corrigiendo con una sana política de inmigración los defectos que el cruzamiento espontáneo tienda a hacer perdurar. Política de inmigración no es una bella frase, sino la expresión de sesudas normas de depuración de estas nacionalidades indoespañolas paraecuatoriales. Pueblos

más afortunados que el nuestro, como los Estados Unidos del Norte, Argentina, Australia, Nueva Zelandia, etc., se afanan por elevar constantemente su nivel de raza, con ser que la han tenido más sana y vigorosa que las nuestras, ya escogiendo la inmigración que reciben, ora protegiéndola contra las enfermedades y vicios de constitución que las afectan, o bien dotándolas de ricos dones espirituales por medio de eficaces disciplinas.

Milagro ha sido, y de los mayores que registra la historia universal, este de la formación de un Estado libre y próspero, de cultas aspiraciones y generosamente moral, de estos elementos étnicos y geográficos que integran la nacionalidad colombiana. Selvas milenarias y riscos de abrupta pendiente, separados por el océano de la cultura madre y de la cepa de la raza colonizadora, hicieron precario el influjo del progreso en estas regiones durante tres siglos, por tal manera que el surgir de la revolución de independencia con caracteres democráticos y vastas aspiraciones culturales, es para el sociólogo una grata sorpresa. De aquellos elementos étnicos que nos aportó la península ibérica, mal educados aun para el trabajo, militares y aventureros en gran parte por lo que respecta al período de la conquista, y sujetos a una administración pública poco previsora y mal organizada, que sólo la noble índole de los gobernantes solía corregir a veces, o la feliz ocurrencia de haber predominado en Colombia la influencia de letrados y hombres de ley durante la Colonia, lo que compensó un poco la escasez de colegios y universidades, tomamos lo mejor de su haber espiritual: la literatura, la legislación, la constitución cristiano-romana de la familia, el cabildo y, sobre todo, el espíritu hidalgo de la raza con su alto concepto de la dignidad personal, que han sido como la columna vertebral y medula de la nueva nacionalidad a que dieron sangre y espíritu. De la raza aborigen cobramos la suavidad del carácter, laboriosidad y habilidad manual en algunas regiones, ciertos dones de disciplina, adaptabilidad y tendencia cívica. Util nos fue el elemento africano en desbravar la selva enemiga de nuestros grandes ríos, y generoso en su contribución de sangre para la guerra de emancipación. Ni fue esquivo a la cultura en donde pudo hallarla a su alcance en condiciones propicias, pues en algunas regiones se ha mostrado émulo de las otras razas en el acercarse a las normas de la civilización, y aun ambicioso de sobresalir en el cuidado de su persona y en el ejercicio de virtudes sociales, como la gratitud, la fidelidad y la amistad.

Con estos elementos en lenta fusión surgió la república independiente. Durante el siglo XIX fue conducida social y políticamente por el elemento de origen español, cuya religión, conducta moral y concepto de la vida, predominaron en la masa común. En todo ese período tomamos prestada a la cultura europea y norteamericana nuestra ideología. Como flores de invernadero tuvimos estadistas, hombres de ciencia y literatos que dieron fama continental a nuestro pueblo, sin que pueda decirse, por ello, que la masa correspondiera a aquella exaltación esporádica de cultura. Al finalizar el siglo, en su última década nada más, se presentó una mayor inquietud en el espíritu co-

lombiano, y fue el transformarse la romántica Santafé en Bogotá, el aparecer literaturas regionales, como la antioqueña, el surgir una juventud sedienta de estudiar el movimiento artístico e ideológico de otros pueblos que no el español y el francés, y entraron al haber de nuestra curiosidad intelectual los pensadores y artistas eslavos, germano-escandinavos, anglosajones y, aun lo más remoto ya, del lejano oriente. Cierra el siglo la última guerra civil colombiana, culminación de heroísmo y de locura, producto, como casi todas las anteriores, de una deplorable situación económica y fiscal, del criterio no nada dúctil de los gobernantes y de un idealismo un poco romántico y suicida de nuestro pueblo, que si bien lo define noblemente en el desconcierto de las turbulencias democráticas de la América Latina del siglo pasado y lo ha preservado de innobles tiranías, estuvo a punto de llevarlo a la disolución de la nacionalidad en varias ocasiones. De esta guerra implacable y casi desoladora del suelo patrio surgió Colombia a la plena juventud: embrionaria había estado durante el largo período colonial, infantil en todo el espacio de tiempo que va de 1810 a 1910. Durante todo el siglo XIX, con excepciones geniales, produce una labor de cultura incipiente, despertar de la aurora espiritual de todos los pueblos que inician el vuelo de su pensamiento, creación de la epopeya, de la leyenda y de la lírica nacionales. La generación fin de siglo ensaya sus fuerzas en más complejas preocupaciones, tiende a la crítica, a la sociología, y se inquieta con el pensamiento filosófico alemán. La guerra rompe y dispersa ese movimiento, y la generación del cen-

tenario, retrasada en sus estudios universitarios, angustiada de dolor por el desgarramiento de la patria, urgida por la magnitud de los problemas que recibe del pasado y por los no menos graves que la civilización enfrenta a su espíritu, reacciona con una maravillosa serenidad: notable fenómeno de los hijos huérfanos que sienten la responsabilidad de sus destinos y tienen que anticipar la madurez de su criterio para luchar con una vida adversa. Ponderación en el juicio, magnanimidad, disciplina mental y una ética sana y vigorosa la elevan muy pronto a la conducción de la república en el parlamento, en la prensa, en la diplomacia. Encomia con sincera gratitud los valores espirituales del pasado, mas afirma con denodado intento las revaluaciones que juzga necesarias y factibles. Sus políticos, educadores, periodistas, literatos, científicos y sociólogos estudian con fervor el movimiento de la cultura occidental sin apartar los ojos del suelo patrio, antes bien americanizando más y más las reacciones que esa cultura determina en su espíritu. A su contribución moral se añade el felicísimo impulso progresivo de la riqueza pública, con todo lo cual Colombia se presenta al mundo civilizado como un pueblo de noble orientación y venturoso porvenir. La guerra mundial revoluciona su espíritu y aun quebranta seriamente su economía con dos crisis, una de escasez y carestía, otra de excesiva oferta y depreciación de mercaderías de importación. En el mundo que sucede a la guerra vacilan todos los valores espirituales tradicionales, que si la religión, el nacionalismo y el poder ejecutivo parecen reforzarse en todas partes por reacción

ante la angustia de un peligro de disolución y muerte que arredra el ánimo de las naciones más fuertes del mundo civilizado, más entrañable e inquietadora es la sed de nuevos ideales con que aparece la juventud que surge en ese instante. Vivir, gozar, triunfar, conocerlo todo, palpar la vida en todas sus reconditeces antes que, esquiva, huya de nosotros: hé ahí lo que hace prorrumpir a tercera velocidad las ambiciones y pasiones de la ingente masa que ocupa el término medio de las sociedades, en tanto que los espíritus de más elevado pensamiento, aguijoneados por la misma inquietud, se dan a la busca de ignotos derroteros que conduzcan su espíritu conturbado a un más allá de cuanto hasta hoy la humanidad pudo descubrir o entrever en los pliegues de lo arcano, cosmos, vida y conciencia. La juventud colombiana que despierta a la concienca pública después de este cataclismo universal trae el espíritu convulsionado por el acicate de aquella turbación de todos los valores. Por un momento, desconcertada, emprende falsa ruta y quisiera renunciar a la lenta y difícil preparación del triunfo para asaltar con mera audacia la adquisición de honores y riqueza. Muchos prefieren la intriga al estudio, la crítica mordaz a la sana labor constructora, el menosprecio de todo a la apreciación optimista, correctora y tónica a la vez. Casos hubo en que, por un instante, pareció vacilar el sentimiento ético de la raza y creernos en la necesidad de abocar la lucha por la vida con el criterio bárbaro de la fuerza mayor y de la mayor astucia. Felizmente esa misma generación del armisticio posee inteligencias privilegiadas cual pocas ha habido en el pasado y,

virando de rumbo, emplea su audacia en más nobles disciplinas y ya prepara obras de porvenir, ya se inquieta por lo constructivo y perdurable, ya reconoce la hidalga concepción de la vida que aportó la generación del centenario y el mérito de las generaciones anteriores que supieron hacernos patria con tan ingentes sacrificios y escasos recursos espirituales y materiales.

En este instante el porvenir de Colombia parece asegurado. Las enormes dificultades que aún debe vencer son motivo y aliciente para la noble y deleitosa actuación de vigorosas personalidades, y de ningún modo para el apocamiento espiritual y la melancolía; porque sólo las grandes luchas hacen propicio el advenimiento de varones ilustres, de almas epónimas que dan curso y cauce a la historia de la humanidad.

Es sin embargo tan rápido el desenvolvimiento de la república, que sus conductores deben vivir alerta de incesantes perturbaciones y conflictos, que antes sólo de cuando en vez se presentaban.

El avance de las vías públicas, que hacen fácil la comunicación entre las distintas regiones del país, traerá una fusión casi instantánea de las variedades étnicas que las pueblan. Y como este cruzamiento verificado así por mera determinación de propincuidad daría ocasión a resultantes poco apetecibles, ya que algunos elementos están grandemente retrasados en cultura o deteriorados físicamente por las endemias del trópico, a veces viciados por malos hábitos de alimentación y de bebi-

das, conviene prever el futuro y ensayar el evitar esas causas de seguro detrimento de la raza por todos los medios que la ciencia y la prudencia indican. Comarcas hay, como las hoyas deletéreas del Cauca y del Atrato, parte de las costas del Atlántico y del Pacífico y núcleos más o menos grandes en otras regiones, orillas del Magdalena, por ejemplo, cuya población africana está tan descaecida fisiológica y espiritualmente, que no podemos mezclarla con el resto de la población sin hacer sufrir al conjunto de la nación muchos pasos hacia atrás y aun perturbarla para siempre. Porque aquellos núcleos de raza, heridos de muerte en su mayor parte por la tuberculosis, el paludismo, las bubas, la anemia tropical y algunos otros males de menor importancia, pero igualmente generalizados, son todavía muy numerosos para ser absorbidos impunemente por el resto de la población, ya de suyo ampliamente mestizada con el elemento africano o aborigen. La mezcla del indígena de la Cordillera Oriental con ese elemento africano y aun con los mulatos que de él deriven, sería un error fatal para el espíritu y la riqueza del país: se sumarían, en lugar de eliminarse, los vicios y defectos de las dos razas, y tendríamos un zambo astuto e indolente, ambicioso y sensual, hipócrita y vanidoso a la vez, amén de ignorante y enfermizo. Esta mezcla de sangres empobrecidas y de culturas inferiores determina productos inadaptables, perturbados, nerviosos, débiles mentales, viciados de locura, de epilepsia, de delito, que llenan los asilos y las cárceles cuando se ponen en contacto con la civilización.

Es, pues, preciso desde ahora determinar corrientes de inmigración sana que pueble poco a poco esas regiones y en ellas prospere con el mayor coeficiente de crecimiento que la higiene puede permitirles adquirir. Así, elevando en ambos sectores de la república la vitalidad y la cultura de sus actuales pobladores, por lo que hace al aborigen y al africano, sobre todo, despejaremos un poco el porvenir de este grave, y muy grave, problema.

Mas no es sólo esto lo que tenemos que considerar con urgencia hoy. Nuestro pueblo trabajador en esta Cordillera Oriental ha venido tan a menos en su capacidad para la vida moderna que al recibir el maravilloso beneficio de un aumento de salario en ciento y doscientos por ciento, no lo aprovecha para elevar el nivel de comodidades de su persona y familia, sino que se sirve de esta ventajosa situación para darse asuetos de dos y tres días por semana, con el aditamento de que los dedica a beber chicha o guarapo hasta la máxima embriaguez y embrutecimiento. Y si a esto añadimos el poco rendimiento del trabajo de tales asalariados, que es apenas del cincuenta, y aun del treinta por ciento del trabajador de otras zonas, italianos, alemanes, americanos del Norte, por ejemplo, se comprenderá que estamos en presencia de un desorden peligroso para la economía nacional. Las obras públicas al lanzar a la labor masas enormes de trabajadores sin herramientas, sin vigilantes y, a veces, muy frecuentes veces, sin tarea qué desempeñar, han empeorado la situación, desmoralizando en grado inverosímil a nuestros artesanos y labriegos. En otras regiones del país hay también

vicio de pereza, y de desidia aún, como en algunos ribereños de nuestros grandes ríos. Y en todas partes una incapacidad para aprovechar el auxilio maravilloso de la maquinaria, que nos coloca en pie de inferioridad para competir con el extranjero dentro o fuera del territorio patrio.

Y no se detienen aquí nuestras deficiencias sociales: en aquellas regiones, como las bananeras del Magdalena, muchas minas de oro y no pocas empresas más en malos climas, el alto salario de los trabajadores es dilapidado estultamente en licores, juegos de azar y otros vicios menos fácilmente nominables, con la resultante final, y no a largo plazo ciertamente, que de esos miles de asalariados la república no deriva un centavo para su riqueza, sino que tiene que recibirlos arruinados económica y fisiológicamente, con una pérdida de millones de pesos anualmente, por lucro cesante y gasto emergente, a más del probable incremento de población que causen contra todas las leyes de la eugenesia y la sensatez.

Tales perturbaciones del trabajo, que no vacilamos en calificar de calamidad pública, inclusive, y de modo muy airado, la desmoralización de él en las obras nacionales, plantean el problema de si es llegado el caso de erradicarlas por acción ejecutiva y legislativa audaz. Desde luégo clamamos por una restricción policiaca de la estultez de aquellos trabajadores que derrochan su salario en vicios y bacanales que la ley no protege, y aun iríamos hasta proclamar una moralización en parte compulsiva y noblemente autoritaria en aquellos casos en que la ley no sea explícitamente contraria a estas costumbres, mientras el legislador provee el necesario remedio.

El alto salario que hoy predomina en Colombia nos permite, a Dios gracias, proclamar que ha llegado la hora de restringir enormemente el consumo de las bebidas fermentadas que, como el guarapo y la chicha, afectan la raza y la economía nacional en extensas regiones, pues el argumento de que suplen en parte a la alimentación deficiente ya va dejando de tener real valor, y el de que estos vicios puedan constituír una renta departamental o municipal es un error de hacienda pública que no nos detenemos siquiera a comentar, dado lo expuesto en los párrafos anteriores.

Felizmente en esas mismas regiones donde predomina el abuso de las bebidas fermentadas de mala calidad, pueden producirse otras igualmente baratas y de más sanos constitutivos, como la sidra, que en Boyacá, por ejemplo, podría llegar a ser una industria próspera, como lo es en algunas provincias y cantones de Francia e Inglaterra.

La restricción del alcoholismo ha tomado entre nosotros la orientación, que nos parece plausible, de un progresivo encarecimiento por medio de la acción fiscal. Corresponde bien este sistema a las condiciones de pobreza, de escasa educación y aun de accidentes geográficos de nuestro país; y de esta manera respetamos, si es que en tan deplorable sentido puede hablarse de respeto, la libertad del ciudadano de gustar moderadamente el excitante fugaz de los licores.

Es también oportuno relacionar a esta causa de perturbación económica, social y racial el abuso de portar armas que existe en muchas regiones del país, basada en el prejuicio, sólo digno de dementes, de que ellas sirven para la defensa. El arma

es de suyo ofensiva, da un valor postizo que conduce a afrontar innecesariamente los peligros más evitables, constituye una afrenta a la autoridad sagrada de la nación, pues presupone que el ciudadano debe atender personalmente a su defensa, como si viviese entre salvajes, es signo de tan mala educación que descalifica y hasta envilece a quien las usa, porque hace de él un presunto pendenciero y criminal y, sobre todo, porque nunca defiende, ya que para ser eficaz debe herir primero. La prensa, el clero y la masa sensata de la ciudadanía deben abrir campaña contra esta plaga de insensatez, la policía actuar conforme a su misión de previsión de la delincuencia, y el legislador marcar con mayor pena, considerando, por ejemplo, premeditado todo delito de sangre que cause un portador habitual de armas.

Ni se necesita tánto: si a un pueblo tan inteligente como el santandereano se le indica ser este vicio impropio de la civilidad y de la civilización, lo dejará de lado, alegre el corazón y orgulloso de aprender a defenderse conforme a las normas de la justicia organizada.

Ninguna palabra sería suficientemente enérgica para calificar de modo despectivo y airado el hurto, la estafa, el robo, la ratería, el abuso de confianza, el prevaricato, el peculado y todo el haz de infamantes delitos que como un cáncer letal y sordo enferman nuestra economía nacional. Desde el que mendiga por pereza en nuestras calles públicas a la sombra discreta de los aleros, envuelto en un jergón que inspira caridad, hasta el magnate de las grandes especulaciones que viste de frac en las recepciones de la sociedad y del gobierno en atisbo de resonantes conquistas bursátiles, parásitos son que disminuyen la savia de la riqueza pública. Si parece que, en parte al menos, hubiésemos perdido la noción de lo pecaminoso de los delitos contra la propiedad, porque a mérito de habilidad y fortaleza de espíritu se toma el que defraudemos en centavos al que descuidadamente nos compra o nos vende algo, al que nos ocupa como patrón o asalariado y hasta al mismo que nos protege por amistad o beneficencia. En el almacén de mercaderías quisiéramos atrapar algo de ellas o disminuír su justo precio con mezquino ardid, de que vamos, insensatos, a vanagloriarnos en el seno sagrado de la familia y hasta en tertulias de sociedad, haciendo de denigrante acción un lujo de talento, y rompiendo así, quizá para siempre, el sentido moral de nuestros hijos y conciudadanos. En el desempeño de contratos quisiéramos diferir su cumplimiento o emplear materiales de mala calidad que reduzcan furtivamente el valor real de lo convenido. En las labores de campo rendir menor tarea para devengar de la holgazanería el jornal debido a la verdadera creación de la riqueza o, a la hora de la madurez de los frutos, hurtarlos, hiriendo así de muerte la industria madre de todos los pueblos. Tomar el ganado ajeno para venderlo a menosprecio en lejanas comarcas; herirlo furtivamente, con pérfida sutileza, para denunciarlo luégo de apestado y obtener así doble rendimiento en el pago de la inhumación ficticia y el beneficio real de la pobre bestia sacrificada con sevicia tan execrable. Vese en frecuentes ocasiones llegar el menosprecio de la propiedad ajena

hasta destruírla sin beneficio para el delincuente, como cuando perforan las llantas de los automóviles, dislocan los llamadores eléctricos de las casas, destruyen las señales del tráfico.... En esto sí seremos implacables en solicitar de las sanas fuerzas sociales una campaña a sangre y fuego. Que sea verdad el código; que la policía no transforme en tormento inútil para el denunciante el denuncio que se le hace, con llamamientos, reconocimientos, atestiguaciones inútiles de la evidencia misma, que difieren el juicio para las calendas de marras, con regocijada ironía de avezados rateros y vagamundos; que el clero use más ampliamente de su poder de negar la absolución y vida eterna a quienes nos están haciendo ésta tan indigna del Evangelio que todos profesamos; que, en fin, asuma la sociedad un gesto a la altura de la civilización y de la raza. Ladrones y rateros, prevaricadores y agiotistas hay en todo el mundo, es verdad, mas algo nos hace pensar que nos estamos excediendo en este pecado, que es el supremo en envilecer la personalidad, en hacer de un espíritu, predestinado de suyo a ennoblecer la vida, mera alimaña de muladar, rata de albañales y vampiro de escombros.

En este instante una misión de penalistas y criminalistas hace más posible y oportuno un cambio en esto de la represión de los delitos contra la propiedad. Con cuánto gusto veríamos que se orientase hacia la transformación del delincuente en un elemento aprovechable para la riqueza pública, haciendo de la pena un trabajo, de la restitución y compensación de perjuicios una verdad, desalojando de los centros urbanos hacia el campo y las labores agrícolas ese enorme parasitismo social, escoria de suburbios y madriguera de vicios que los abruman y pervierten, para lo cual el período de prueba en las colonias en forma de granja debiera prolongarse al máximo de las posibilidades, pues en uno o dos años no es siquiera probable que se verifique la transformación moral y la adaptación fisiológica de tan perturbados organismos; acordar algo eficaz con las instituciones existentes para la protección de la infancia al efecto de hacer de los niños desvalidos buenos labriegos y no endebles artesanos de un urbanismo ya saturado de oferta mediocre.

Y algo, en fin, que merece párrafo aparte por su trascendencia y dificultades: atender más a la policía que al ejército, crear escuelas superiores para aquel ramo, y servicios disciplinados, secciones técnicas, un algo y un mucho de elevación de esta función del estado que la ponga por encima de la milicia y aviación, necesidades remotas en un país tan poco belicoso y conquistador como el nuestro y tan necesitado de una campaña de verdaderos estrategos del..... orden interno. Pensamos en tántas cosas, pero muy quejosamente en el contrabando de aduanas, en el fraude del voto popular, en la falsificación de billetes, delitos que afectan la riqueza pública en decenas de millones, sin que sus autores y fautores se consideren moralmente descalificados ni siquiera religiosamente arrepentidos, porque creen que el defraudar los dineros de siete millones de ciudadanos es menor pecado que el robar a uno solo, y porque tienen aquella paupérrima moral de reposar su espíritu en el secreto de sus perniciosas habilidades. ¿No hemos

visto a muchos gloriarse de la memoria de padres que les han legado el fruto de quiebras fraudulentas o de clandestina prevaricación, o bien asaltar la más alta posición social con el dorado prestigio de mal habidos dineros?

Estas consideraciones nos llevan como de la mano al estudio y repudiación de otro vicio que por igual asquea el espíritu y lesiona la economía del trabajo. Decimos verdad cuando decimos que ninguno otro abaja como éste la dignidad humana ni empobrece la gracia y gentileza de toda la personalidad. Decimos verdad al decir que la mentira es vicio de seres inferiores. Y en la verdad estamos cuando decimos, con pesar, ser éste un arraigado vicio entre nosotros.

Se extiende por tan amplios horizontes que va desde el discreto engaño con que se encubre la caridad para minorar la pena de un desahucio y dar fuerza de espíritu en las derrotas supremas de la vida, hasta el asesinato moral de la calumnia. De donde el que tengamos que delimitarla un poco y discriminar su acción perturbadora.

Es entre nosotros normal como exultación o depreciación exageradas de cuanto queremos expresar, que para calificar los tropiezos de algo decimos que presenta un quintillón de dificultades, para graduar su pequeño tamaño afirmaremos que es ultra-mínimo, para anunciar su conveniencia lo llamaremos supremo. De esta manera hemos agotado el léxico y, lo que es más alarmante, perdido el valor representativo real de los vocablos, hasta el punto que decir de algo que es bueno, y no excelentísimo, constituye casi una ofensa cuando se trata de apreciar su mérito. Tal régimen

de exageración, a más de ser antiestético, constituye una falta grave de ponderación mental y un obstáculo para la justa apreciación de los valores morales y económicos. Y es, sobre todo, un signo de plebeyez, si se nos permite usar esta palabra así en abstracto.

Se hermana este vicio de la exageración con el deseo de hacer más llamativo nuestro relato, signo de pobreza mental, y con el amor inmoderado del chiste de que padecemos en todas sus variedades endémicas de exageración, de asociación, de retruécano, etc. El chiste es entre nosotros la puerta de escape de la pereza mental, que esquiva así el estudiar seriamente las cosas sin aparecer menos sensato y agudo. Corta definitivamente el discurso y hace mediocre el intercambio de ideas, cuando no quebranta o lesiona el buen nombre de alguien. El chiste como moderado condimento no estaría mal, pero traído y llevado como alimento fundamental del espíritu es un derroche de insignificancia.

Viene luégo la mentira de información, hablar de lo que no sabemos, no dejarse, como reza la jerigonza, opinar a troche y moche, dar datos sacados de la imaginación, criticar con el zarandeado sentido común, con la experiencia de casos aislados y las nociones cristalizadas de la primera infancia el avance de las ciencias modernas y oponerse al desarrollo técnico del país. a las misiones de especialistas, a la sabia conducta de otros pueblos que nos han superado en cultura y civilización.

La disculpa de nuestros errores, falseando los datos; el falso orgullo de no confesar el frecuente fracaso de nuestras limitadas facultades; el erra-

do pundonor de querer siempre vencer, carencia de honradez mental en la aceptación de la verdad ajena.

El perjurio, que no sólo es frecuente como venalidad en el falso testimonio ante los jueces, sino que abarca el mal cumplimiento del deber, la conducción conscientemente equivocada de las funciones públicas y privadas o la aceptación de cargos de responsabilidad para los que no estamos capacitados; casos todos en que faltamos a la fórmula consagrada del juramento de decir y proceder conforme a leal saber y entender, ante la cual la ignorancia consciente es delictuosa, porque miente una capacidad que no existe. Mentira ésta en que incurren los gobernantes al entregar funciones públicas, a veces supremamente delicadas, a quienes no saben desempeñarlas, en la que incurren asímismo los directorios políticos al patrocinar individuos moral o intelectualmente incapacitados para altos puestos, engañando sin pudor la paciente ignorancia de las multitudes.

El no cumplimiento de la palabra empeñada y la renuncia extemporánea de las obligaciones contraídas, que hace casi imposible el trato comercial y ha conducido a intrincadas maniobras de caución y documentos preliminares para los negocios de cuantía y a la implacable incertidumbre de todas las horas cuando se trata de peones, artesanos, profesionales de todas las profesiones, contratistas, agentes, apoderados, es decir, de cuanto diga relación al tiempo y al dinero, las dos deidades modernas que se alimentan de precisión en donde la economía preside la conducta del buen éxito, la certidumbre del mañana y el reposo del espíritu.

La mentira por tanteo, para conocer la opinión o la situación del interpelado; la mentira disculpa, para eludir pequeños compromisos, manifestaciones ambas de un carácter endeble y quebradizo.

La calumnia, que va desde la restricción mental y la sospecha hábilmente formuladas hasta la categórica afirmación de una inexactitud.

Y más, muchas más, maneras de mentir con que hacemos ingrata la vida, perturbado el espíritu, incierto el curso de los negocos e inestable la economía toda nacional.

¿Cómo corregir este arraigado vicio moral? Sólo predicando, generación tras generación, desde la escuela primaria hasta la universidad, que mentir dolosamente es ser cobarde o inepto, que mentir es reconocerse uno inferior ante sus semejantes y renunciar al placer de estimarse a sí mismo, única recompensa indeficiente de la vida.

La sensualidad ocupa demasiado lugar en nuestra vida, absorbe casi por completo la imaginación y desaloja del espíritu más nobles preocupaciones. Mucho se ha comentado la influencia de la raza, del trópico, de la imperiosa líbido que, cual maga sutil, da filtros de locura. Ello es verdad hasta cierto límite, el límite que señalan a esta embriaguez del instinto fundamental el espíritu y la educación. Suelen encauzarse las fuerzas vitales en la dirección preferente que les traza el mayor ejercicio de ellas, de donde el valor de los deportes que producen la alegría sana del triunfo en el esfuerzo muscular, la precisión disciplinada, la atención alerta, la previsión rápida, la habilidad, en una palabra, y el embellecimiento,

además, de nuestras formas. Es verdad que el deporte es y debe ser una disciplina y un desahogo y no la preferente actividad de la vida, porque de otra manera nos conduce a un atletismo absorbente de todas nuestras capacidades, con detrimento de otras muy nobles actuaciones del ser humano. Tiene, sobre todas las cosas, una resultante que enamora nuestro espíritu: educa el *fair play*, una de las más bellas virtudes de la raza anglosajona; aquella que nos conduce a luchar con hidalguía, sin aprovecharnos, para vencer, de la adversidad del prójimo; que nos impide abusar de nuestro triunfo; que nos enseña a reconocer con gentil gesto de franqueza el mérito del contrario y su leal victoria. Bella es una personalidad que rinde pleito homenaje a las capacidades superiores, las acepta, las proclama y las encomia. De ahí, en parte, esa fuerza nacional e internacional del pueblo inglés, porque sabe levantar en hombros a sus conductores y hacerles propicio el triunfo, disculparles el error de buena fe y cubrir su ocaso con la aureola dorada de los laureles. *Fair play* de que carecemos nosotros cuando oponemos graves obstáculos a la vocación, reticencias al mérito y, lo que es peor, cuando destruímos por emulación malsana la obra que testimonia el triunfo ajeno: innoble pecado que ha producido no pocos errores nacionales y enfermado de pesimismo muy provechosos esfuerzos. Da grima ver cómo perseguimos con enconía cavilosa toda virtud que se destaca en el medio ambiente social o político hasta hallarle el lado flaco, el plano de *clivaje* que se dice en mineralogía, para romperla y reducirla al común

denominador de la mediocridad. De esta manera suicida no podremos nunca hacer patria espiritualmente grande, porque el pobre ser humano es endeble de suyo y necesita cobrar parte de su temple de la sociedad en que vive, recibir, como en vasos comunicantes, la solución saturada de estímulos.

Relacionado con este *fair play* y con la sensualidad, podríamos anotar el engaño frecuente en el amor, que nos conduce a fingir sentimientos para satisfacer pasiones, a renunciar los deberes que todo triunfo de la amatividad aporta, y hasta denunciar en público el íntimo secreto de los favores que poco antes humildemente mendigamos: pequeñez ésta de varones incompletos.

Nada diríamos de esta falta de *fair play* en el amor si ella no condujese al quebranto económico y a la ruina total a tántos seres, de donde el enlazarse un problema de moralidad con la estética del espíritu y la economía en inextricable concatenación, como ocurre en casi todas las actividades humanas. Por lo cual deberíamos atender un poco a la reparación del daño que de todos estos casos considerados se desprende, limitando la audacia, la ingratitud y aun la felonía con sanciones pecuniarias prudentes, sin llegar tampoco al límite de posible abuso a que la legislación de otros pueblos da lugar.

En lo que atañe a las facultades intelectuales hay desórdenes que debemos corregir para el mejor aprovechamiento de nuestras notables condiciones en ese aspecto de la personalidad.

No sabemos leer, no sabemos estudiar, no sabemos pensar. Nuestra atención es demasiado

undulante para seguir con provecho el desarrollo de las ideas escritas, cosa que aun en la conversación se percibe, dando lugar a repeticiones y contradicciones inútiles, nuestra atención va y viene sin enfrenamiento suficiente con el tema. Nuestra deficiencia de estudios clásicos y de una historia sucinta de las ideas nos obliga a leer obras de segunda mano, de información a veces atrasada o defectuosa, con el aditamento de que no podemos sacarles toda la sustancia en pocas horas, como lo hacen los eruditos europeos, quienes, por su sólida preparación, pueden leer uno o dos libros diariamente. Lo defectuoso de nuestro bachillerato hace que nos sorprenda la tarde de la vida sin haber leído las obras fundamentales de la historia, de la filosofía y de la literatura universal, pues sólo nos da a conocer críticas de manual y refutaciones inocentes de los más esclarecidos pensadores del mundo, literatura en conserva y ensaladas de filosofía. Nuestras universidades y normales no pueden todavía resistir la competencia de las europeas y norteamericanas, en momentos en que esa competencia es apremiante en todas las esferas de la economía nacional.

Nos falta aquella disciplina especial en el estudio que conduce a la investigación de las causas, a la ordenación rigurosa de los conocimientos y a la comprobación personal de las teorías, sin la cual no podemos considerar sólida ninguna enseñanza. Siempre se percibe en nuestros estudios el predominio de la información sobre la investigación, lo que puede hacer hábil el discurso y mediocre la práctica, fácil la crítica y difícil la creación, vanidosa la mente y flaca la voluntad.

Aun en el decurso del pensamiento íntimo observamos una tan grande indisciplina que pocos hay, si es que acaso existen entre nosotros, que aprovechen una labor mental de concentración suficiente. De preferencia pensamos en un vaivén de asociaciones fugaces, echar globos, que decimos con estupenda comparación, mas globos erráticos que van a parar a las nebulosas del *subconsciente*. No conocemos esa ordenación del pensamiento que va remontándose de fenómeno a causa y de causa a especie, como en la rigurosa clasificación de las ciencias naturales, tan armoniosa y sucinta.

Tampoco nuestra voluntad está preparada para el triunfo, que veleidosa es y sumisa sólo a las novedades o inerte rutinera de los viejos cauces.

Parece que nos faltara el orgullo de vivir, tan diferente del placer de la vida. Una noción del valor formidable de la existencia, de este milagro que la trivialidad cotidiana no nos permite ver en toda su rutilante plenitud. De ahí que amemos la bovina conformidad con los instintos, sin la atrevida embriaguez de las creaciones, sin la audacia de querer sellar una hora con el sello de nuestra personalidad. De crear, de hacer a otros súbditos de un bien que añade nuestro espíritu a la obra de la naturaleza. Tomar posesión de la existencia para corregirla en el presente y transmitirla depurada al futuro ignoto, hé ahí el orgullo de vivir conforme al rito de una conciencia esclarecida.

La misma estructura física de nuestra personalidad la hemos descuidado. El inacabado estético de nuestra anatomía, de nuestra fisiología, de nuestro modo de andar, de vestir, de conversar,

darían para un largo estudio. El frío en esta altiplanicie da a los hombres ese encogimiento de hombros, con la cabeza inclinada que mira de soslayo, entre tímida y socarrona, en el bolsillo del sobretodo las manos ateridas, aspecto canguroide del empleado de oficina que el deporte y la gimnasia están felizmente haciendo desaparecer. Ancha cadera, doble curva saliente en la nuca y en el pecho, marcha ondulada para guardar el equilibrio sobre frágiles pies, es la silueta que nuestras muchachas modernas detestan con razón y tratan de cambiar por la armonía de un cuerpo musculado, endurecido a los rayos del sol y a los golpes refrescantes de la ducha, con piernas vigorosas que prolongan sin brusca transición el torso erguido y ágil, del cual emerge, como el tronco de una ceiba, esbelta la nuca de viviente mármol.

El inacabado estético de nuestra morfología que es alarmante en otras regiones del país, mas imposible de analizar paso a paso.

Como tampoco nos es posible detenernos a comentar los trastornos fisiológicos, tan variados según las diferentes zonas, a que está sujeta nuestra población. Basta ver cómo en esta altiplanicie la mala alimentación y las bebidas fermentadas dan ese color hepático del bajo pueblo cuando apenas comienza a ajarse la primera juventud; cómo ésta es fugaz en las tierras templadas; cuán imperfecto es el cuidado de la dentadura, aun la sometida al tratamiento de seudos profesionales que hacen inverosímiles disfraces, puentes y coronas de la edad de piedra de la dentistería; cómo se perturba el aroma sano y natural de la especie; cómo la piel y los ojos se amortiguan y deslustran por perturbaciones de conocida profilaxis.

Si apartándonos del estudio general de la república entrásemos en el pormenor de las diferencias que presentan las distintas razas que la componen y aun de las diferentes regiones en que están distribuídas, encontraríamos datos muy interesantes para su educación y reforma, pero demasiado extensos para un informe rápido y de suyo preliminar. Corresponde a las escuelas normales ahondar en la psicología de nuestro pueblo, y a la geografía médica, es decir, a las universidades, el determinar la situación fisiológica de los habitantes de esas regiones.

Esto es tan interesante, que podemos anotar la discrepancia existente entre las distintas razas, no sólo en su conducta, sino en los conceptos fundamentales de la vida: después de tres siglos de convivencia con el blanco, nuestro indígena ha adoptado su religión y su moral como una transacción, pero en el fondo conserva reacciones bárbaras que a nosotros se nos ocurren delitos conscientes y perversiones del sentido moral, cuando sólo son consecuencias lógicas de sus tradiciones, como su poco respeto por la propiedad ajena, su crueldad en los castigos, su concepto del matrimonio, su egoísmo, la poca importancia que presta al honor, a la virginidad, a la fidelidad conyugal, al valor personal, la pobreza de sus conceptos religiosos, tan poco espirituales, utilitaristas, fanáticos, idólatras con un barniz de nomenclatura cristiana.

Todavía se percibe el antepasado africano en sus descendientes que viven en agrupaciones más o menos aisladas y aun en los que habitan los pue-

blos de mediana cultura, donde los hemos visto conservar el prestigio de la magia, las danzas simbólicas, la nostalgia de la selva, los terrores infantiles del salvaje, la tendencia a vegetar indolentemente, el gusto por los abalorios, por los colores brillantes, por los acres aromas, por las bebidas destiladas, la sensualidad y el juego. Parlanchines, vanidosos y zarabandistas, cuán lejos están del aborigen taciturno, humilde, impenetrable, fatalista, como herido por un hado inexorable, sumiso a la intemperie, al hambre, a las injurias, como quien liquidara la vida y la hubiese hallado irreparablemente imbécil. De aquel niño sensual a este viejo prematuro hay distancias astronómicas.

Recordamos haber examinado psicológicamente a artesanos compañeros de labor, de igual cultura, de iguales recursos económicos, idéntico medio familiar y social, de raza indígena los unos, de sangre blanca los otros, y haber hallado una diferencia sustancial en sus aspiraciones, en esas ilusiones íntimas con relación al futuro, al porvenir de los hijos, a la manera de disfrutar de las posibles riquezas, que marcaba la idealidad perdurable de la raza a través de muchas generaciones en éstos, los planes materialistas, triviales, sin ninguna elación ideal de aquéllas, a pesar de vivir en una urbe de refinado ambiente espiritual.

Sin estos estudios no podrá el maestro de escuela hacer obra penetrante y eficaz. La misma conservación del lenguaje puro es obra de las escuelas normales. Porque empobrece nuestro castellano de manera alarmante. La distancia abisal que media entre nuestra Academia de la Lengua y el pueblo, no nos permite acariciar ilusiones en su labor

ejemplar. Nuestro castellano pierde en vocabulario, en sintaxis, día por día. Basta oír una conversación de la clase media, hilvanada con interjecciones que disimulan la inopia verbal, o atender a la indigencia de nuestra conjugación, de la cual van desapareciendo modos tan delicados como el subjuntivo, tan precisos y necesarios como el pospretérito de indicativo, la torpe acentuación del imperativo, la cacofónica mezcolanza del *voseo* leonés con el tuteo castizo y elegante.... qué de cosas que competen a las escuelas normales del futuro, y cuya importancia corre parejas con el estudio de la psicología, de la economía política, de la historia, etc. Cuántos fonemas, por ejemplo, hemos perdido o estamos transformando peyorativamente: la c, la d, la ll, la s, la t, la v, la x, la z, con lo cual robamos elegancia y musicalidad al idioma, defectos que pudieran corregirse en escuelas primarias, hijas de una normal inteligentemente dirigida.

Tarea en verdad dificilísima ésta de estudiar la sociología y la psicología de un pueblo tan variado como el nuestro. Pensamos en las modificaciones regionales que experimentan las distintas razas en las diferentes comarcas de nuestro territorio, y nos vienen a las mientes la divergencia del elemento africano de Antioquia con el de la Costa Atlántica, por ejemplo, de éste con el vallecaucano, de todos ellos considerados en el campo o en las ciudades; del elemento indígena en todas esas circunstancias para las regiones que habita; de esas influencias raciales y de medio ambiente en los productos de mestización a que están sujetos en tan variadas proporciones; y si pensamos además en lo complejo de los orígenes de las cepas de esas razas, el ele-

mento peninsular inclusive, apenas nos formamos una idea de la labor del hombre de ciencia que quiera abordar tales estudios.

Y cuántas consecuencias se desprenden de un estudio del nivel de la cultura en que ellas se encuentran actualmente: para el pueblo bajo de esta altiplanicie las pruebas de psicología experimental nos han indicado un nivel mental, por lo que hace a los conocimientos, no mayor de nueve años de edad, lo que hace que nosotros apliquemos los deberes y derechos de la ciudadanía a una masa de millones de niños. Esto explica la precaria situación de nuestras instituciones, los graves defectos de nuestra política, etc. A Dios gracias que la buena índole de nuestra población nos ha ahorrado el conflicto de ese desnivel de culturas y el gravísimo conflicto de razas, apenas esbozado en la rivalidad, discreta aún, que existe entre las dos secciones del país que separa el río Magdalena.

Mire ahora nuestro gobierno, todo nuestro gobierno ejecutivo, legislativo y judicial, lo que se le espera de no hacer de la universidad, la normal, la policía, el clero, etc., elementos de cultura de primera importancia mundial. Mire y vea ahora, vea y piense ahora, piense y obre ahora: nuestra misión queda cumplida al enunciar el mal y los remedios oportunamente.

Al lado de las reformas que preconizamos en proyectos que se refieren a la economía, quisiéramos hacer resaltar el gran valor que para la honra y la riqueza nacional tiene el mejoramiento de la cultura de nuestra población, pues un avance en ella de sólo el diez por ciento daría por resultado un tan extraordinario incremento de producción, que rivalizaría con el milagro de la multiplicación de los panes, sin que ello represente un sacrificio superior a las fuerzas y recursos del país.

En primer término encarecemos la constante elevación de nuestras universidades. Para esto sobran las indicaciones, pues conocidas son de todo el mundo las vías que conducen a hacerla grande espiritualmente y eficaz para la industria. Un apóstol de mediana inteligencia nos haría esta labor en poco tiempo, pues ella está en pie de poder realizar los pasos definitivos para llegar a ser de primera categoría en el mundo. Porque son de primera aquellas que dan los últimos conocimientos y tratan de hacerlos avanzar con serias investigaciones originales; de segunda las que pueden instruír a sus educandos en las últimas disciplinas del saber práctica y teóricamente; y de tercera las que sólo alcanzan a prepararlos para la rutina profesional. Cada una de las facultades de nuestra universidad nacional requiere algún perfeccionamiento, y es preciso reconocer que las hay esquivas a renovarse con valor, creyéndose, dentro de su marcha tradicional, suficientemente preparadas para su cometido, sin detenerse a considerar que el país se está transformando con vertiginosa rapidez, y exigiendo, por lo mismo, un caudal enorme de co-

nocimientos a los profesionales e industriales de esta nueva vida, a más de un nuevo espíritu que corresponda a la exigente e ineludible competencia mundial. Algunas dificultades de poco contenido espiritual, pero de mucho lastre estorboso, pudieran obviarse contratando profesores extranjeros de gran prestigio, en las mejores universidades europeas y norteamericanas, que viniesen a dar un corto número de conferencias a los ya graduados, un curso de aplicación. Podemos aprovechar el vivo deseo que tienen las grandes potencias de extender su radio de influencia en estos países hispanoamericanos, y aun la emulación de las grandes universidades, y hasta la curiosidad y el interés que el trópico despierta en Europa y Estados Unidos, para obtener grandes ventajas a muy poco costo. Así pondríamos al alcance de nuestro país las más recientes ideas y despertaríamos en nuestra juventud la curiosidad benéfica por la investigación y la especulación, desarrollando en ella una inquietud eficaz. Esto en nada estorbaría la introducción de profesores permanentes para aquellas asignaturas que así lo requiera el estado actual de nuestros estudios universitarios, normales y técnicos, ni mucho menos el envío al exterior de jóvenes que vayan en busca de especialización en cuanto nos es útil. Pensamos que un gran profesor no solamente es eficaz por las exposiciones públicas que haga, sino por las opiniones privadas que emita, por los consejos que dé, por el estudio que inicie del país y las simpatías que hacia él fomente en los centros civilizados. Nada más fácil que organizar estos cursos de acuerdo con las más imperiosas necesidades del momento, en aquellos meses

que corresponden a las vacaciones de estudios en la zona templada, que son precisamente los de mayor actividad escolar entre nosotros.

El desarrollo de nuestras escuelas normales no requiere de nuestra parte un largo panegírico, pues su conveniencia inaplazable está en la conciencia del gobierno y de todos los ciudadanos. Así como las tierras labrantías requieren riego, la educación pública exige escuelas normales. Y aunque sea una trivialidad de Perogrullo, queremos decir que física y metafísicamente es imposible que un país ocupe un puesto de importancia en el mundo contemporáneo con normales y universidades de tercera categoría. Felizmente las nuestras así lo han comprendido y se reforman con laudable entusiasmo, mediante el apoyo inteligente del actual ministro de instrucción pública.

Entre nosotros no basta esto. Es necesario ir en ayuda de las clases inferiores de la sociedad con más asequibles recursos para ellas. Hemos meditado en la posibilidad de hacer del cinematógrafo un medio de educación y de información útil. Nos parece que es llegada la hora de hacer del cinematógrafo un servicio público; de que el estado aproveche de esta fuerza, ingente y agradable a la vez, para elevar entre nosotros el nivel de la cultura popular; de que en lugar de estar derrochando el país centenares de miles de dólares por año en el espectáculo de películas folletinescas y hazañas inverosímiles de detectives y *cow boys* y ridiculeces de una psicología mercantil estereotipada, adopte el estado colombiano la cinematografía como una función pública y dote a cada municipio de las salas apropiadas a este fin, con películas de

rotación en toda la república, que se pueden alquilar o comprar en el exterior a precios moderados, mediante una selección que atienda a las condiciones naturales de este espectáculo, a saber: la información, la educación y la diversión. La revista de los acontecimientos importantes, la película documental o de demostración científica y el escenario de inteligentes *cineastas* que ofrezca alimento a la inclinación natural que tenemos los hombres por la aventura y lo maravilloso, y por la emoción estética de todo género imaginable.

Cinematógrafo función del estado. Hay que pensar en que la aldea necesita un poco más de alegría; en que el aburrimiento en ella predominante es la más cruel de las dolencias humanas; en que la ausencia de entretenimientos es una de las causas primordiales de la despoblación de los campos; en que la alegría es el mejor tónico del espíritu, y una causa de eficiencia en el trabajo y de aumento de la riqueza pública, por consiguiente, en un alto grado; en que el hombre es el único animal triste que hay en la naturaleza, y la tristeza una bancarrota de la vida.

Cinematógrafo función del estado, pero técnicamente organizado para que sea eficaz y rinda el beneficio económico correspondiente a su costo, dentro de un cálculo de máxima baratura para hacerlo verdaderamente universal.

Algo más todavía en pro de las clases pobres: en la misma casa destinada a las representaciones cinematográficas y bajo la custodia del mismo empleado que atienda a éstas, debe haber una biblioteca popular, seleccionada por nuestros mayores eruditos, de modo que comprenda al menos las

cien mejores obras de la literatura universal y una abundante serie de manuales o cartillas de instrucción, con un par de diccionarios siquiera, para alquilar a ínfimo precio, alquiler que asegure meramente los gastos de conservación, de manera de ir estimulando la instrucción del pueblo en buenas fuentes.

Esta biblioteca podría publicarse por grandes series en la imprenta nacional, si se dota a ésta de la maquinaria de que se sirven en algunos países para la producción barata, cuidando de que el papel y la encuadernación ofrezcan garantías de comodidad para el manejo y de resistencia, como es el caso con la pasta llamada española, por ejemplo.

Este servicio público es de resultados maravillosos si se le conduce con sabiduría. Una sola cartilla de cultivos, digamos, que en cada municipio defendiera a un solo cultivador de una sola imperfección o plaga en sus cultivos, sumaría en toda la república una tan ingente suma de beneficios económicos que resarciría al estado del gasto total de esta empresa y nos dejaría de adehala la mayor cultura espiritual que ella necesariamente determine.

Hay otra fuerza espiritual que no hemos aprovechado en todo su efectivo alcance, y es la influencia del clero en nuestra católica población. ¡De cuántas maneras pudiera él contribuír más aún al engrandecimiento de la patria colombiana! Y ya que en los tiempos azarosos de la emancipación nos ayudó a crear y a organizar la nacionalidad, inclusive en el seno de los cuerpos legislativos, hoy nos ayudará gustoso y orgulloso de ello, a consolidarla y ennoblecerla más aún.

El clero está preocupado con hacer más eficaz su altísima misión social y se orienta en su predicación hacia los problemas ético-sociales de preferencia a lo dogmático y ritual que no encuentran opositores en nuestro pueblo, de donde el noble afán de párrocos y pastores por corregir los defectos que empobrecen la cultura y la economía nacionales, ligándose íntimamente al gobierno en campañas como la emprendida en favor de la agricultura.

La predicación ético-social de preferencia a la discusión de los dogmas o al panegírico abstracto, que desde el último cuarto del siglo XIX tánto preocupa a la iglesia, pudiera aunarse entre nosotros con medidas que tendiesen a la eliminación del analfabetismo, como el disponer que para recibir los sacramentos fuese condición indispensable el saber leer y escribir, cosa, por otra parte, fácil de resolver en las doctrinas que con el fin de preparar a los niños funcionan en todas las regiones del país, lo cual, mediante los métodos modernos no exige más de un mes. Sólo así los padres se considerarían en el deber de dar a sus hijos una instrucción elemental que, por vaga que parezca, es un tesoro para la república. Mejor aún que desbravar indios salvajes de muy flaca utilidad para la civilización, esto de elevar el nivel de cultura de nuestros conciudadanos ya iniciados en una tradición firme y eficaz, es tarea menos costosa y de más seguros resultados. Hablando de esta medida con obispos muy ilustrados y patriotas, y con algunos sacerdotes de gran celo apostólico, hemos tenido el placer de oír de todos ellos opiniones muy favorables, salvando, naturalmente, ciertos puntos de doctrina,

acogiéndola como una medida de disciplina interna nacional, dentro de aquella amplitud que la curia romana permite y aun estimula en el gobierno de los diversos países que integran el catolicismo.

Antes de terminar este esbozo de reformas generales que acompaña y en alguna manera completa las que estudiaremos separadamente, queremos sentar doctrina sobre la gratitud y respeto que profesamos a todos los que nos ayudaron en el pasado a constituír y organizar esta patria colombiana, noble y culta, por el actual gobierno que sinceramente se preocupa por su engrandecimiento y sobre la confianza razonada y la fe que tenemos en su bello porvenir. Que si de estas páginas se desprende alguna inquietud es porque consideramos aisladamente los defectos de nuestra población, sin hacer hincapié, pues para esto no nos hemos congregado, sobre las virtudes de ella que nos enorgullecen de pertenecerle y poder servirla en algo.